

SETIEMBRE Y OCTUBRE DE 1923

LA ESCUELA
COSTARRICENSE



SAN JOSE, COSTA RICA, AMERICA CENTRAL
APARTADO DE CORREOS N° 455



Los maestros que deseen recibir **La Escuela Costarricense**,—concebida para mover la Opinión Pública en su favor y en favor del niño—se servirán solicitarla expresamente al Director. La suscripción mensual sólo vale **cincuenta céntimos**.

Este número doble vale **un colón**.

LA ESCUELA COSTARRICENSE

AÑO III

SETIEMBRE Y OCTUBRE DE 1923

Nº 7 y 8

NOTA EDITORIAL

LA JUSTICIA DE LOS MAESTROS

Señor... Tú que allá en la Altura ves las cosas de la Tierra... Tú que sabes la Verdad de toda hora... Tú, Señor, que ni odias, ni desprecias, ni envidias, ni temes, manda tu Justicia a mitigar las penas de los hombres y a corregir sus yerros... Justicia, oh Tú, Señor que estás en los cielos...

Hay el llamamiento del Director de la Escuela de Aplicación, de Heredia, que bien harían los maestros en atender con entusiasmo.

Se trata de decir en votación libérrima cuál maestro de Costa Rica, por sus méritos indiscutibles, ha de figurar en la Galería de Maestros distinguidos que aquella Escuela está formando para ofrecerla como una enseñanza a la nación.

Esta es la tercera vez que se pide al Magisterio su voto para la elección del Maestro Meritísimo. Hace dos años, cuando la idea nació, la mayoría de los votos dió el triunfo a García Monge, ese batallador que no se rinde y en cuyos brazos la cultura del país encuentra su mejor defensa. Los maestros fueron justos al dar ese voto que dijo severamente que no en vano un hombre entrega su vida a los otros y por ellos jura una victoria; que a lo largo de los años se encuentra la Justicia; que si ahora nadie reconoce ni apoya sino que se persigue y se condena, mañana absolverá la Historia.

Vino la segunda votación, la de 1922. Triunfó Ester Silva, la dulce vieja en cuyas miradas los niños más pobres, los sin pan y hasta sin padre, hallaron siempre una caricia. Ester Silva, la "maestra madre" en cuya mansedumbre pudo haberse inspirado Gabriela para decir llena de amor su oración sublime: "Dame el ser más madre

que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes". Fueron justos los maestros al llevar a la Galería de Maestros Excelsos el retrato de esa Maestra.

Ahora viene la tercera votación. Voten los maestros, y al votar, sigan siendo justos. Porque tenemos que defender la Justicia, con el mismo coraje con que se defiende un hijo; con el mismo amor con que se defiende una idea; con la misma soberbia con que se defiende la honra. Sobre todo los maestros para los maestros, en cuya contra parece haberse hecho en especial la Injusticia, esa total injusticia que un día de tantos, con el disfraz de la Intriga, o con la compungida cara de la Hipocresía, o con las apariencias cómicas de la Sorpresa, lo deja en el desamparo, abierto el corazón y rota en mil pedazos la esperanza y la ilusión de la vida, por el divino delito de haber creído en el Bien y en la sinceridad de los otros. Por el crimen de cederles a ellos los propios derechos cuando acaso la venganza era el mejor camino

Defendamos la Justicia para que su presencia en el mundo equilibre los actos de los hombres y cierre el paso a la diaria temeridad que riega espinas y ponzoña por la senda en mengua de la Obra. Defendamos la Justicia, porque ella es el camino único hacia la paz del alma; porque ella dá al hombre lo que es suyo y le permite desenvolver sin tropiezo el tesoro de energías que Dios creó en su corazón.

En realidad, la Justicia es la primera virtud que debemos cultivar, porque viendo las cosas profundamente, ella es la matriz de todas las otras virtudes que dilatan el pecho del hombre: verdad, valor, fé, alegría de vivir y deseo de servir a la Humanidad como sirve un chorro de agua limpia en todos los momentos. Justicia es Dios cuando distribuye en el Universo las funciones de sus partes y las especializa para que ésta no sea obstáculo de aquélla, para que unas apoyen a las otras y todas juntas establezcan la belleza de la Armonía Universal.

Vivamos la Justicia y enseñémosla antes que toda enseñanza. Contribuyamos a que impere en el mundo: salvemos así la obra del hombre. Si hoy nos llaman para hacer Justicia, pequeña o gran justicia, respondamos con entusiasmo, que estamos delante de una ocasión solemne. Ahora se nos pide el nombre del maestro más distinguido. Un deber de Justicia nos obliga a responder, y otro de

compañerismo y aquel otro de cooperación y hasta uno de egoísmo: algún día necesitaremos que se haga con nosotros y hemos de estar en ejercicio del derecho de que se nos pague con la misma moneda.

Voten, pues, los maestros, con amor, pensando que, en la mayoría de los casos, van a dar a un maestro laborioso la única recompensa de sus esfuerzos en bien de los que tienen hambre y sed de sabiduría.

A LOS MAESTROS DEL PAIS

La Escuela de Aplicación invita a los maestros del país a emitir su voto razonado a favor del mentor cuyos méritos le hagan acreedor a merecer la honrosa distinción de figurar en la galería de maestros que se está formando en el salón de asambleas de la institución.

Pretendemos engalantar cada año nuestra Escuela en el Día del Maestro con la colocación del retrato de uno de los forjadores de almas más distinguidos, y para ello necesitamos oír la voz de los compañeros que deseen hacer justicia al mérito.

El escrutinio lo hará una comisión de maestros nombrada al efecto, la cual examinará los documentos presentados a favor de cada persona y adjudicará el mérito a aquel que tenga mayoría de votos y mayoría en el valor de las apreciaciones que de él hagan los sufragantes.

Cada persona tiene derecho a emitir su voto por separado quedando sin efecto los memoriales.

Tendrá derecho a emitir su voto todo particular que, encariñado con la tarea de la enseñanza, sepa apreciar la noble misión del maestro, siempre que se ajuste a presentar un estudio de los méritos que adornan a la persona que con su concepto favorece.

La votación queda abierta desde hoy y se clausurará a las 19 horas del 3 de Noviembre. Los trabajos deben enviarse a la Dirección de esta Escuela.

El Director, **A. Molina U.**

Heredia, 17 de setiembre de 1923.

SECCION DE EDUCACION

RETARDACION DE LAS PROMOCIONES ESCOLARES

Comentarios al estudio de
don Juan Ramón Uriarte.

Para "La Escuela Costarricense"

Ensayaré a demostrar que don Juan Ramón Uriarte, en su estudio sobre la retardación de las promociones escolares, la que combate con dureza, procede injustamente, ilusionado por la idea de que en 2 o 3 años de vida escolar, suponiendo que no se la recorra completamente, o en 5 o 6, recorriéndola completa a todo trance, es posible echar las bases intelectuales propicias al desenvolvimiento cabal y eficiente de las diversas vocaciones individuales, bases que él reduce caprichosamente.

Y digo que reduce caprichosamente las normas intelectuales básicas, porque leo que pide como finalidades supremas de la escuela "desanalphabetizar, educar e inculcar la mayor suma posible de conocimientos"; ofrecer el mayor acervo de nociones generales, exclusión hecha de la perfectibilidad en el estudio, y consecuentemente, de las nociones **límite** y **calidad**, que en líneas fundamentales, la naturaleza misma usa e impone a sus obras si han de ser perfectas, o por lo menos eficientes, es decir, útiles a la creación y capaces de favorecer el progreso social.

Veamos cuáles son esas normas, fundamentalmente, a mi pobre manera de entender:

- 1) **Desarrollo y habilidad mentales**, en un sentido general;
- 2) **Aplicación práctica vocacional**, que determina, dentro de la técnica correspondiente, **cierto número de conocimientos bien asimilados** para cada curso o grado de la educación; y
- 3) **Aptitud evolutiva personal**, o sea el afán y la capacidad ideales de perfeccionar la obra del presente.

Ahora bien: "la mayor suma posible de conocimientos", descartado el respeto a las promociones anuales, debería significar—si

no interpreto mal—el mayor o menor esfuerzo mental, con su consiguiente resultado práctico de que cada uno es capaz según las circunstancias propias y las generales; y en este caso las normas,—las nociones límite y calidad ya citadas—tienden a desaparecer, y la acción docente a simplificarse de modo exagerado, limitándose en este aspecto a la mera disciplina intelectual, sin valorización de resultados: con lo que no se lograría llegar a satisfacer muchas de las necesidades elementales de la vida social, recogidas y organizadas por la experiencia humana dentro del radio de las aspiraciones escolares, y dejaría la escuela de satisfacer a los muy inteligentes, o los favorecería en perjuicio de las posibilidades intelectuales de la mayoría: es decir, perdería su sello democrático.

Si, en cambio, tal suma de conocimientos fuera superior a un límite determinado, surgiría inmediatamente el anhelo de justicia—que es un derecho humano, reconocido tácitamente en el campo de la lucha social, no el egoísmo, arma de los ineptos,—reclamando las jerarquías propias de la capacidad personal en nombre del progreso colectivo; pero ese no parece ser el pensamiento del autor; aparte de que una limitación semejante de la eficiencia escolar sí facultaría para acometer en el futuro nuevos y más profundos estudios, a voluntad del estudiante; capacidad que el señor Uriarte se empeña absolutamente en negar a la escuela primaria.

Sin embargo, nótese la contradicción en que parecen sumirle sus propias palabras. La multiplicidad de las modernas necesidades sociales y, consecuentemente, de los conocimientos y disciplinas por éstas reclamados, exigen que el período escolar sea "bien aprovechado". Perfectamente; pero ¿qué significa "bien aprovechado"? No será de seguro marchar sistemáticamente hacia adelante por el camino de la evolución psíquica, así se lleve vacío el morral de los conocimientos, hábitos, aptitudes e ideales, o lleno de peligrosas vanidades, de engañosas ilusiones de un propio valer que no existe.

Nó: la tendencia práctica, casi diría utilitarista, que se deriva de aquella multiplicidad de problemas y de necesidades modernas, no exige, como quiere el señor Uriarte, preferir la extensión y el abarcamiento a lo que él llama "ahondar"; en otros términos, no permite sacrificar la calidad a la cantidad. Ese criterio parecería bien, en un fabricante, pero no en un buen pedagogo hispano-americano. Yo creo que la perfección de las obras humanas o naturales está antes que su número: saber poco y bien es tener preparación para afrontar determinadas situaciones; saber mucho y a medias, superficialmente,

es correr el peligro, característico de los tiempos que corren, de hallarse a cada paso desarmados en las cruentas luchas de la vida, y de llegar a ser, más tarde o más temprano, una carga social.

Que algunos se estacionan en el camino? Culpa es de su escasa voluntad, o consecuencia del ambiente en que se mueven, pero no siempre depende de los recursos pedagógicos.

La promoción escolar define una norma intelectual de aptitud (en Costa Rica no se extiende, legalmente, al campo de la Moral, por lo menos en una forma absoluta); quien alcanza esa medida cada vez, la alcanza en virtud de algún esfuerzo que distingue a su espíritu batallador; va a dar un paso más hacia adelante: nada más justo. Quien no la alcanza, víctima de su imperfección física, de su ineptitud mental, de la ignorancia doméstica, de la acción escolar etc., ¿merecerá figurar al lado del primero, engañando a sus semejantes, que le pudieran creer eficiente, y engañándose a sí mismo, bajo una visión pronto arraigada de falsa capacidad personal? Yo pienso que no.

En Costa Rica se han usado dos procedimientos típicos basados en la importancia y necesidad de las normas cuantitativas, en asocio íntimo de los méritos cualitativos de la docencia, como base de la progresividad legal o promoción: uno consiste en excluir de la matrícula a los alumnos propuestos para cursar por más de la tercera vez un mismo grado; es un medio de **obligar a pensar** a los padres de tales niños, que los llevan a la escuela, en muchos casos, sin la menor noción de la importancia y circunstancias de la educación escolar, "porque la ley los obliga, porque no los moleste en la calle la policía o porque no los soportan en la casa (lo confiesan llanamente); el otro procedimiento tiende a promover, excepcionalmente, no por cursos completos sino en cualquier momento, en razón de su propia eficiencia, a alumnos especialmente capacitados para avanzar rápidamente y a quienes se haría perder demasiado tiempo obligándoles a ganar cursos completos de nueve meses para poder ser promovidos.

Ambas medidas me han parecido siempre acertadas y justas; sin embargo, no se fundan en el desconocimiento de las citadas normas cuantitativas y cualitativas: la no retardación de las promociones me parece una concesión excesivamente indulgente y comprometedora.

Quiere el autor que la escuela se ocupe de "enseñar a pensar amplia y ecuanimemente y a sentir intensa y expansivamente". ¿Sería posible llevar hasta allí, de la mejor manera, a quienes por razones de salud, incapacidad, ignorancia, negligencia, etc., han debido estar en contacto menos frecuente, menos eficaz, con las ideas, los

fenómenos y las personas cuyo trato y cuya compañía debían enseñarle a pensar y sentir en dicha forma? Es imposible. Indudablemente, uno de los mayores escollos que detienen al maestro en su tarea, salvo el caso de anormalidad orgánica, es el ausentismo, de tan numerosos orígenes y de tan difícil compulsión, ya que en numerosos casos sólo revela la necesidad material de un hogar convertida en explotación de las posibilidades económicas de los niños.

Puede ser que las condiciones en que ha observado y discurrido el señor Uriarte sean locales, propicias a su opinión. Pero en este caso, no le autorizarían para generalizar, ni para emplear expresiones de un alcance universal, que corresponden a procedimientos generalmente aceptados y que existen incorporados a la organización docente de muchos países.

Puede ser también que se haya desviado en el laberinto de la experiencia pedagógica, de tan compleja fisonomía, de tan constante evolución.

Cree, por ejemplo, encontrar la causa del hastío de los educandos en la retardación de las promociones (repetición de grados o materias) antes que en las circunstancias profesionales y de organización que en verdad lo motivan las más de las veces.

Cree que el niño debe ser **despachado** cuanto antes, si no se quiere "que deje en las aulas la aromada frescura de la vida", o que se hastíe "por causa de fastidiosas repeticiones de grados o materias". Esto, me parece, corresponde a otro orden de aspiraciones, en las que están de primeros los factores maestro (eficiencia profesional), naturaleza de la enseñanza, presentación de la misma, habilidad metodológica, holgura material, etc.

Sea enhorabuena todo lo que se diga y haga en pro del mejoramiento de estas difíciles condiciones, que ya es bastante hacer. No se olvide, sin embargo, que la incapacidad corresponde muchas veces a cierta imperfección o retardamiento en el desarrollo fisiológico, a consecuencia de la edad, y en este caso, la mayor permanencia en la escuela busca más bien a favorecer ese desarrollo orgánico, generador, y no siempre consumidor, de ilusiones y tendencias, propósitos e ideales, que es de seguro lo que pintorescamente llama el autor "la aromada frescura de la vida".

Nótese de paso que en algunos países—en Costa Rica en cuenta—se va buscando hacia la reforma del período de obligación esco-

lar o se ha implantado ya, de modo que no comience a los 7 años sino a los 8; es decir, cuando ya el organismo ha adquirido firmeza intelectual suficiente para iniciarse en el estudio.

Y por lo que hace al retiro prematuro y voluntario de la escuela, creo que es éste, en general, uno de los más graves problemas económico-sociales que afrontan, no sólo la escuela, sino también el Estado y la sociedad. Es un problema típico de cultura que, ni se reduce al ambiente de la escuela, ni está dentro del alcance de ésta el poder resolverlo satisfactoriamente para el individuo,—miembro del hogar—la escuela y la sociedad.

Concurren a su existencia, principalmente, dos poderosos factores: la **necesidad** y la **ignorancia**; conjuntamente u obrando por separado, que bastante dominio tienen ambas para sacrificar o mutilar la preciosa obra de la naturaleza, ya negando a la niñez el pleno goce de su desenvolvimiento físico y espiritual, ya reduciendo considerablemente, de este modo, el campo de acción de la cultura y las posibilidades evolutivas del individuo y aun de la colectividad.

Insistamos cuanto sea posible sobre la necesidad de observar de cerca y corregir los múltiples tropiezos del educador escolar y los muchos vacíos que muestre la organización de su labor; pero no se llegue, bajo este amparo, a aceptar, así absolutamente, la culpabilidad o ineficacia de determinados procedimientos ya bien comprobados, cuyo éxito depende en grandísima parte de las personas que los emplean y de las otras circunstancias que participan en la realización del fenómeno docente. El frío no está en las sábanas; no se olvide que el violín—instrumento mecánico—vibra al unísono con el grado tosco o sublime de sensibilidad de cada ejecutante.

Aquiles Cabezas Q.

(Director de la Escuela "Buenaventura Corrales")

San José, Costa Rica, 1923.

ANOTACIONES SOBRE LAS CLASES DE CALIGRAFIA

La caligrafía, en las escuelas, es un problema de gran importancia al cual debiera dedicársele toda la atención que la asignatura requiere.

Las quejas constantes de que los niños salen de las aulas sin saber escribir, se oyen con insistencia por donde quiera, y es a los maestros a los que corresponde investigar, buscar los defectos y puntualizarlos, aplicando con interés los procedimientos indicados para la enseñanza de esta asignatura y sirviéndose, al mismo tiempo, de las experiencias y observaciones recogidas en la práctica. Esta cruzada de mejoramiento de la escritura en las escuelas, se impone desde el **primero al quinto grado**, para acallar con hechos efectivos esas voces de protesta contra la mala letra de los niños que salen de los quintos grados de nuestros establecimientos docentes.

En mi cartera de apuntes guardo algunas notas de observaciones hechas directamente por mí en el aula de la escuela y en las del Colegio de San Luis, en los primeros años, donde están a mi cargo las lecciones de caligrafía.

He creído del caso concretarlas y llevarlas hasta mis compañeros, a fin de corregir ciertos defectos en detalles que se ven diariamente en las clases de caligrafía y que, mirados con indiferencia por pequeños, no dejan de ser de gran importancia en el conjunto de la obra que se realiza. Estos descuidos, tan insignificantes, al parecer, son las causas del mal que se apunta.

Hay pasividad completa por parte de algunos maestros en estas clases. Decir caligrafía es decir descanso, inactividad absoluta. La lección se reduce a poner una muestra en la pizarra sin análisis de ninguna clase y el maestro se sienta a leer unas veces, a coser otras y los niños hacen el trabajo solos a su buen saber y entender. ¿Qué influencia tiene el maestro en una clase dada en esas condiciones? ¿Qué indicaciones puede hacer a sus alumnos, sobre posición del cuerpo, del cuaderno y manera de tomar la pluma, etc., si está alejado de ellos?

En las lecciones de caligrafía es donde el maestro debe desplegar mayor actividad observando los menores detalles para conseguir de sus alumnos una letra clara y elegante. Las correcciones deben hacerse allí mismo en la ejecución del trabajo que se realiza: posición del cuerpo y del cuaderno; insistir en que el mango de plumas se

tome bien; que la pluma lleve la tinta necesaria y no embotarla. Las correcciones de letras mal hechas deben hacerse en presencia del alumno. Que sienta el niño la influencia de su maestro en el ejercicio que ejecuta, y se verá estimulado a mejorar su letra.

Atender, sobre todo, a la posición del cuerpo y de los brazos es observación de capital trascendencia que no debe perderse de vista. Niños hay que toman posiciones para escribir verdaderamente extravagantes.

En la colocación del cuaderno y manera de coger la pluma hay un desbarajuste completo: el manguillo lo toman, unos, con toda la mano, empuñándolo; otros metido entre el índice y el cordial, sostenido por debajo con el pulgar; algunos encuentran más cómodo bajar estos tres dedos hechos un puño hasta coger la pluma propiamente dicha, y con esto no sólo se manchan de tinta sino que, como es natural, en posición tan forzada viene la fatiga de los dedos que hacen presión sobre los bordes de la pluma. Pero hay algo peor todavía: algunos escriben con pedacitos de manguillo que por falta del apoyo debido se mueven fácilmente en la oquedad comprendida entre el índice y el pulgar al tomar la mano la posición para escribir. Letra escrita en estas condiciones no puede aceptarse como un buen trabajo de caligrafía.

Hay niños que improvisan sus manguillos embutiendo la pluma en el extremo en que los lápices tienen el borrador, entre éste y el anillo metálico que lo sostiene. Tampoco en este caso hay fijeza para la pluma; y por último en el lápiz o en un palito cualquiera amarran la pluma con un hilo y se disponen a escribir. Todos estos expedientes impiden una buena caligrafía.

He desterrado de mis clases el uso de la pluma de fuente porque soy del parecer que no es ésta adecuada para enseñar a escribir: es muy difícil dar los perfiles o los gruesos que la letra exige con estas fuentes que son economía de tiempo en la vida de los negocios o en otras actividades, pero no son adecuadas como material para escolares.

Debe prohibirse en las clases de escritura el empleo de plumas cortadas que se usan para hacer letra especial.

Las plumas tienen pequeñas ranuras o sisuras indispensables para la distribución de la tinta que fluye, y, por esta circunstancia, al apretar la pluma, en mayor o menor cantidad allí donde se va a hacer un rasgo fuerte o débil, ¿qué pasa?, que entre los niños es muy corriente quitarles los pedacitos de los lados dejándolas así inutilizadas para una buena caligrafía.

En el tercer grado, donde ya el niño escribe en cuadernos co-

rrientes de una sola raya, puede observarse la tendencia en unos de hacer letra muy pequeña y dispareja; otros, al contrario, la hacen grande y dispareja también. ¿Convendría poner a estos niños cuadernos de caligrafía cuyo doble rayado sea igual para los dos casos? ¿No sería mejor reducir esa escala para los que hacen letra muy grande y ampliarla para los de letra muy pequeña? Esta observación me hace pensar que en los grados superiores los cuadernos de caligrafía no deben ser de una escala uniforme sino después de haber normalizado el tamaño de la letra.

En el primer grado los niños escriben con absoluta libertad porque los ejercicios preliminares a la educación de la mano no se hacen con la debida insistencia y sistematización que el asunto requiere. Se hacen unas cuantas rueditas y ganchitos, cuando más en la primera semana, y ésta es toda la preparación para iniciarlos de una vez en la escritura.

Con un sin número de defectos aprende el niño a escribir en el primer semestre. Demos por buena la escritura aprendida en esta forma, pero exijamos que en el segundo semestre los niños se sienten bien, con una posición propia de quien va a hacer caligrafía; no descuidar la manera de tomar la pluma (el lápiz para este grado) y la colocación del cuaderno. Impedir pedazos de lápices o de manguiños o los que ellos improvisan cuando se trate ya del segundo grado en adelante.

Prohibir terminantemente la inutilización de las plumas en la forma indicada y cuidar de que la pluma tenga la tinta necesaria.

Las prácticas para la destreza de la mano son de gran importancia.

Analizar los elementos constitutivos de cada letra (minúsculas y mayúsculas); estudiando los principios caligráficos que todos los maestros conocen, llenan de interés a los niños, quienes se preocupan luego por hacer buena letra.

En el quinto grado puede formarse con los niños que escriban bien, un grupo que haga su caligrafía en papel corriente durante el primer semestre y en el segundo en papel sin raya. Considero esto una buena práctica y me ha dado muy buenos resultados.

Los maestros, a su vez, deben seguir en sus clases una misma

inclinación de letra en todos los grados a fin de que el alumno no esté variando la forma de su letra cada año, según el maestro que le toque. Debemos aceptar que ésta es una de las razones que más han influido para que la escritura en los niños haya sido un fracaso.

Si en todos los grados de la escuela se contemplaran con interés estas cuestiones, el problema de la Caligrafía quedaría resuelto.

Benjamín E. Escalante,

Director de la Escuela de Los Angeles.

(Véase pág. 137 de "La Escuela Costarricense", tomo I, 1921).

Cartago, Costa Rica, 1923.

LA ESCUELA Y EL QUIJOTE

El eminente y reflexivo José Ortega y Gasset, en páginas pedagógicas que acaban de ver la luz, coincide con la opinión del señor Zozaya, en cuanto se refiere a la lectura del Quijote en las escuelas primarias.

El asunto es diverso en opiniones. Al señor Zozaya le parece un desatino que el Quijote vaya a la escuela porque no prepara para la vida ni capacita. Tomando como punto de vista la intensidad psíquica de los individuos, el asunto es más complejo aún. Hay quienes sólo celebran la inmortal narración; quienes la aceptan como una historia simbólica; algunos apenas la estudian; otros la manosean. Cervantes no es responsable del desnivel de inteligencia de los hombres al interpretar sus sentimientos.

El preciosísimo Quijote es, a mi creer, el único libro que por su variedad puede fijar la inquietud de los niños. Vibra en él una constante enseñanza de agudezas y donaires para todas las edades. Las enseñanzas del Quijote se van adquiriendo gradualmente conforme al perfeccionamiento intelectual del individuo. Que capacite y prepare para la vida no puede asegurarse, pero sí que eleva el espíritu de los niños.

Los cuentos de Edgar Poe, el Robinson, la Iliada, el Hechicero de Gogol, etc., no capacitan para la vida, pero encierran, sin embargo, bellas enseñanzas que despiertan la lectura inteligente.

Cuanto más se manosea una cosa más se conoce de ella. Si los

que deletrean casi, siguen la ilación narrativa del Quijote, cuando llegan a leer, la penetración inteligente que logren de la historia del ingenioso hidalgo, tendrá para ellos un sabor sustancial.

El Quijote sí debe leerse en las secciones superiores de la escuela primaria. EL QUIJOTE DE LOS NIÑOS, una valiosísima edición que, aunque muy abreviada, es la misma historia seguida con ilación y enlace, ordenada cronológica e históricamente, con su primera y segunda parte, desde la primera salida que de su terruño hizo el ingenioso hidalgo, hasta que cayó malo, testó y murió en su entero y cabal entendimiento. Esta edición es un preciosísimo libro para los niños. Yo he observado con detenimiento el afán y la ansiedad con que los niños lo leen.

Los señores Ortega y Gasset y Zozaya, no han hecho otra cosa que opinar. A veces es necesario vivir con los niños y empaparse de sus inquietudes para decir sobre sus manifestaciones. Es necesario observar el interés con que acogen el libro del inmortal Cervantes; cómo se entusiasman; meditan y dramatizan sobre la narración, con la ayuda del maestro, y la enseñanza tiene que ser. Es necesario pues, palpär todas estas manifestaciones del pequeño lector del Quijote, para opinar si el libro del ingenioso hidalgo podrá ir o no a la escuela.

Sin embargo, lo productivo de la enseñanza quijotesca depende, en su totalidad, del conocimiento que tenga de él el maestro. Es evidente que para un educador que no conoce el Quijote ni por los forros siquiera, el asunto es caótico. Aquí está el problema. El Quijote no es, en realidad, el nocivo en la escuela, sino la ignorancia que tienen de él los educadores. No se puede enseñar de algo que no se conoce. Un carpintero no podrá enseñar a hacer zapatos. El educador que ignora la historia del ingenioso aventurero de la Mancha no podrá discurrir sobre este asunto con sus educandos.

La superficialidad en el estudio que tienen del asunto, es la culpable del fracaso de la enseñanza. No es el Quijote el que no hace falta en la escuela, sino los educadores ignorantes de las enseñanzas que encierra la inmortal obra de Cervantes.

El fracaso de las enseñanzas tiene base en la superficialidad de los enseñantes.

Rigoberto de Onis,
(Maestro en Puntarenas)

POR LA EDUCACION

En mi artículo anterior dije que el éxito de nuestras escuelas depende de que estén servidas por maestros sinceros, que traten de dar a sus discípulos lo mejor que ellos tienen, y cada vez me afirmo más en esa creencia. El magisterio público es una institución de altísima importancia, de modo que bien puede asegurarse que de ella depende la prosperidad o decadencia de las sociedades. De niños bien educados se ha de esperar hijos obedientes, esposos fieles, padres cariñosos, ciudadanos honrados, soldados pundonorosos, artesanos inteligentes, empleados probos y sacerdotes celosos de sus obligaciones. Hombres bien educados formarán familias, ciudades y Estados florecientes.

Para que el maestro resulte debe tener, ante todo, vocación, cualidades personales y conocimiento de las obligaciones que le impone su cargo. Se conoce que tiene vocación, porque siente amor a la enseñanza y al estudio, amor y voluntad para el trabajo y cariño para los niños.

El aburrimiento se apoderará a menudo del maestro que le falta vocación y las consecuencias serán, además, funestas para la sociedad, porque los niños que tengan la desgracia de tropezar con él no saldrán bien educados, pues el alumno imita al maestro. Los padres de familia, Directores y Profesores de Colegios están en el deber de estudiar la vocación de sus niños y encaminarlos hacia aquella por que se note mayor disposición.

Hay maestros que tienen conocimientos, pero les falta la vocación y de ahí que sus alumnos paguen su malestar. Generalmente éstos no se dedican, no hacen un trabajo extra, poco asisten a conferencias y, en general, no se interesan por la enseñanza, resultando su labor poco intensa.

El maestro debe poseer cualidades físicas, intelectuales y morales. Además, es indispensable que tenga buena salud, un cuerpo sano y robusto, un cerebro bien constituido y, sin exagerar, una constancia de acero a fin de que no tenga ausencias ni llegadas tardías, para poder mantener la disciplina y orden de su clase, alcanzando, así, el mayor aprovechamiento posible. Conviene que tenga pronunciación clara y voz no desagradable, sobre todo que no sea áspera, chillona o demasiado apagada. Su presentación debe ser agradable y correcta.

La experiencia enseña que los maestros que más aman a sus discípulos, son los que más interés se toman por ellos, los que son por

ellos más respetados, los que más orden tienen en su clase, los que menos reprenden y castigan, y, finalmente, los que mejores frutos sacan de su trabajo.

El maestro debe ser todo ejemplo, cultura, veracidad, laboriosidad, desinterés, imparcialidad y celo. Procurando siempre la dulzura, el cariño y la suavidad, es como puede obtenerse la felicidad del maestro y de sus discípulos.

El maestro es un empleado público a quien la Iglesia, el Estado y las familias, dan el cargo de formar buenos cristianos, ejemplares miembros de familia y excelentes ciudadanos, capaces de llevar a cabo los más grandes sacrificios por la Patria.

María J. C. de Salas

(Directora de la Escuela Sup. de Niñas No. 5.)

San José, C. R., 1923.

FUNDAMENTOS PSICOLOGICOS Y PEDAGOGICOS DE UNA LECCION

En el amplio campo de la Pedagogía, la zona referente a cuestiones metodológicas o de didáctica ha tenido un cultivo tan intensivo que los frutos no se han hecho esperar, y han sido copiosísimos.

En los países principales de Europa y América, psicólogos perspicaces y pedagogos esclarecidos, como Lay, Neumann, Dewey, Münsterber, Décroly y Claparède, han afinado tanto en sus ensayos y experiencias que dan la impresión de haber agotado la cantera de la didáctica. Realmente, no parece que en la actualidad pueda pensarse nada nuevo referente a cómo deben enseñarse las materias del programa escolar.

La psicología experimental, dándonos el conocimiento del desarrollo del espíritu del niño y sus verdaderas necesidades, y la pedagogía experimental, ensayando los procedimientos de trabajo escolar más adecuado para dirigir y fomentar ese desarrollo, han realizado el milagro de la renovación didáctica y, por consiguiente, de la transformación de la escuela en su estructura y ambiente.

En cualquier moderno folleto de didáctica, como fruto de todos esos trabajos y orientaciones, vemos una manera de hacer que comunica un carácter verdaderamente educativo a la vida escolar y explica el sentido íntimo de nuestra profesión de maestros. Por ello, las

antiguas enseñanzas memorista, discursiva e intuitiva que, como fases del desarrollo de la escuela, señalaba acertadamente D. Luis de Zulueta, en reciente conferencia, no pueden menos que ofrecer un contraste doloroso con la moderna concepción de la escuela primaria, en la que el hacer, como trabajo sensorial y motor de los niños, es el sistema que se emplea con mayor eficacia educativa, por ser el de mayor raigambre psicológica y el de mayor plenitud de vida.

Para la enseñanza de las Matemáticas, de las Ciencias físicas y naturales, Geografía, Historia, etc., existen ya manuales admirables orientados en el sentido de aprender haciendo y que indican al maestro los más mínimos detalles de programa, horario, ejercicio material y procedimientos de trabajo.

Todo ello es de positivo valor como pauta para la labor diaria del maestro, pero es preciso insistir en que la escuela será una cosa muerta si nos perdemos en detalles metodológicos, ya que a fuerza de querer dar al maestro toda la labor hecha corremos el riesgo de que no se dé cuenta del sentido educativo de su tarea o de que llegue a olvidar la fuente viva de donde brota el moderno método de trabajo escolar, y caiga, por consiguiente, en la más infecunda rutina.

El fondo educativo que aporta el moderno método es lo que principalmente debe asimilarse el maestro, viviéndolo plenamente y haciendo de él un sentimiento que encauce toda su vida profesional. Y así, meditando acerca de las normas que señalan los modernos libros de didáctica y queriendo buscar unos cuantos principios metodológicos verdaderamente esenciales y fecundos, comunes a todas las asignaturas por su amplio fondo psicológico, he encontrado los siguientes fundamentos o características educativas de una lección moderna: el trabajo, la asociación de conocimientos y el lenguaje. Toda la eficacia educativa de una lección de Geografía, Aritmética, Geometría, Física, etc., descansa en estos principios, que debe tener siempre presentes el maestro en cualquier enseñanza, formando con ellos el ambiente diario de la vida escolar.

Analicemos, por separado y de una manera elemental, cada uno de estos fundamentos pedagógicos.

Trabajo.—En la escuela no debe haber lecciones en el sentido clásico que encierra esta palabra. Sólo debe haber trabajos educativos, es decir, ejercicios en que intervenga la actividad sensorial y motora de los alumnos.

A la escuela no se debe ir a escuchar, sino a hacer. Ningún espíritu formado en las modernas orientaciones concibe una escuela donde los niños se hallen enclavijados en sus bancos en absoluto silencio y escuchando la voz del maestro que, desde la tarima, les

muestra, como cosa fantasmagórica, un experimento. En una escuela así trazada, el único que se educa es el maestro, y los niños sólo tienen de los fenómenos que les interesa percepciones incompletas y representaciones sin fuerza para proyectarse al exterior más tarde.

La instrucción, para que sea educativa, debe descansar en dos elementos: el elemento representación y el elemento fuerza, que no se logra sino elaborando personalmente cada conocimiento, merced a la intervención del sentido muscular o del movimiento, ya que las cosas que nos representamos débilmente, sin que formen un sentimiento de esfuerzo personal nuestro, nada pueden mejorarnos. La escuela es vida y la vida es movimiento, y, en este sentido, el término escuela-laboratorio, como expresión del ideal educativo moderno, parece que no podrá superarse.

La intuición trajo un progreso respecto a las escuelas memorista y discursiva, basadas en el puro retener palabras vacías de sentido o en el puro razonar de una manera escolástica, a espaldas de la vida y de la realidad del mundo que nos rodea. Pero la intuición tenía que ser un método incompleto de educar instruyendo en una época en que la Psicología no había descubierto aún la existencia del sentido muscular y su enorme influencia en el desarrollo del espíritu.

La intuición requería, en el aprender, la intervención de los sentidos pero limitaba esta intervención a los sentidos especiales, principalmente la vista, ignorando la existencia del sentido motor que por su carácter general y vago permanecía impenetrable al método introspectivo.

La psicología experimental nos ha enseñado más tarde que las sensaciones musculares forman el fondo de las demás impresiones sensoriales y que el sentido motor se identifica con la misma esencia de la vida, constituyendo nuestra experiencia más íntima y la base de todas las ideas fundamentales del espíritu, como el yo y el no yo, espacio, tiempo, peso, movimiento activo y pasivo, etc. Barth dice que a causa de este predominio, en la vida, del sentido del movimiento se relacionan más directamente con la voluntad las artes, prácticas y oficios que los conocimientos; y la teoría de Münsterberg, que sostiene, quizás exageradamente, que el fenómeno nervioso es siempre motosensorial, nos demuestra también que el movimiento es la base de la vida y que toda educación debe dirigirse a la acción para ser verdaderamente eficaz.

Por otro camino, también se siente la necesidad del método activo. Casi todos los libros de metodología pedagógica dicen que no hay que dar a los niños conocimientos hechos, sino que ellos deben hacerlos, siguiendo de una manera resumida la marcha que la Huma-

nidad ha seguido para la formación de las ciencias, con lo que la frase de Schleiermacher, "todos los conocimientos verdaderos son sólo resultados de ejercicios y artes", adquiere una gran importancia pedagógica y el maestro debe asimilársela bien para procurar que el niño sea viajero antes que geógrafo, literato antes que historiador, agrimensor antes que matemático, cocinero antes que químico e inventor antes que físico.

Con esta marcha se llega al conocimiento científico o representación sistemática de un grupo de fenómenos, a través de una actividad, de unos trabajos que formarán un sentimiento de poder hacer frente a las necesidades de la vida, con recursos propios. Cuando el hombre realiza estos trabajos es cuando verdaderamente se está educando, pues la cultura adquirida sin proceso motor sirve de muy poco.

Siempre que los niños puedan hacer su aritmética, su geometría, su geografía, su historia, su agricultura, física y química, desplegando su actividad bajo la dirección pasiva del maestro, los conocimientos que adquieran serán otros tantos motivos de formación de una cultura viva y de perfeccionamiento general humano.

La gimnasia y los juegos al aire libre, paseos, visitas a fábricas y museos, excursiones, cultivo de plantas, cría de animales domésticos, trabajos de modelado, carpintería, imprenta, cestería, cartonaje, dibujo, representaciones dramáticas, etc., son las ocupaciones de carácter general que, unidas a las anteriores, forman las características de toda moderna escuela de trabajo.

Asociación de conocimientos.—Los conocimientos elaborados por los niños no deben permanecer aislados en la conciencia. La cultura de un hombre es más fuerte no sólo por la cantidad de conocimientos, sino por el número de relaciones y enlaces lógicos que la conciencia establezca.

El que ha vivido unos cuantos fenómenos fundamentales de las diferentes ramas de la ciencia, posee una cultura verdaderamente fecunda merced a las íntimas conexiones que establece el espíritu a base de lo que llamamos memoria muscular o hábitos sensoriomotores, como lo prueba la privilegiada disposición que ocupa en la corteza cerebral la región rolándica, en relación inmediata con los centros superiores, frontal y parietal, de asociación.

Es impropio comunicar al maestro normas psicológicas para la asociación de los conocimientos adquiridos por los niños en los trabajos escolares. La asociación no es una cosa que hay que añadir al trabajo escolar y buscarla con preocupaciones psicológicas, sino

que más bien tiene su asiento en la clase de trabajo educativo seleccionado.

Aunque el maestro sea un psicólogo y conozca las formas de asociación que establece la conciencia (contigüidad, semejanza y contraste, causa a efecto, medio a fin, etc.) al maestro, como tal maestro, no le interesa realizar una labor fragmentaria buscando los diferentes tipos de asociación, sino que debe enfocar su trabajo por derroteros generales, exclusivamente pedagógicos, que conduzcan a la asociación de conocimientos de una manera global y sintética. Esto quiere decir que el maestro no debe hacer psicología en la escuela, aunque en sus métodos pedagógicos forzosamente exista una base psicológica, debiéndose esforzar, no obstante, por conocerla, para que no le ocurra lo que a M. Jourdain, de la comedia molieresca, que hablaba prosa sin saberlo.

Por todo ello no encuentro camino general pedagógico que conduzca a la asociación de conocimientos más que aquel que consiste en seleccionar trabajos escolares que tengan un sentido explicativo más que descriptivo, ya que en la explicación hay siempre un dinamismo ideológico que relaciona los hechos con sus causas y enlaza los fenómenos que presentan leyes comunes, mientras que en la descripción los conocimientos permanecen aislados y los fenómenos presentan una pasividad en relación con sus análogos.

Cuanto más carácter general tengan los fenómenos seleccionados, cuanto más pegados se hallen a las ideas madres de las diferentes ramas del saber o de la actividad humana, más pródigos en asociaciones y enlaces serán los conocimientos adquiridos.

He ahí por qué constituye un acierto el amplio plan de Dewey, que encauza todas las actividades escolares en el sentido de las tres principales necesidades de la vida humana, a saber: la alimentación, la habitación y el vestido; o el plan de Décroly, que escoge unos cuantos motivos de mayor importancia para el niño, lo que él llama centros de interés y alrededor de ellos organiza los trabajos escolares.

Lenguaje.—El tercer fundamento psicológico y pedagógico de una lección moderna es el lenguaje, pues el desarrollo de la inteligencia o la adquisición de conocimientos debe ir paralelo al desarrollo del lenguaje o adquisición de un instrumento de expresión de la vida espiritual.

Los defectos de nuestra educación actual se hacen bien patentes con sólo ver la infinidad de individuos que por falta de una verdadera educación van con el entendimiento donde no pueden llegar con la palabra hablada o escrita.

Dejando a un lado el problema de saber si la vida del lenguaje

es por su naturaleza tan amplia como la vida mental y si el lenguaje puede expresar todos los estados de conciencia, lo cierto es que cada día se acusa una desproporción mayor entre la ideología humana y las posibilidades o aptitudes de poder ser expresada.

Si han de ser completamente educativos, los trabajos escolares han de abarcar este tercer aspecto del lenguaje, no solamente por su substantividad propia, sino por la estrecha relación existente en la corteza cerebral entre los centros de Broca y de la palabra escrita, de una parte, y los centros de proyección sensoriomotores de la otra, principalmente el de la sensibilidad general y del movimiento, situado a derecha e izquierda y a todo lo largo de la cisura de Rolando.

Con tan amplia base psicológica y trascendencia para la vida del espíritu, el lenguaje debe ser cultivado en la escuela no como una asignatura aparte, sino como un procedimiento general educativo compatible con toda clase de trabajos escolares.

Uno de los capítulos más interesantes del libro "El método de la pedagogía científica", de la doctora Montessori, es el dedicado al lenguaje. Desde la edad más temprana quiere Montessori ir estableciendo un desarrollo en las vías nerviosas que comunican los centros sensoriales con los órganos de la palabra y hasta queriendo fijar un automatismo para la escritura tan orgánico y tan articulado como el que existe en la corteza cerebral respecto a la palabra hablada.

Nuestras antiguas escuelas, que enseñaban primero a leer y después a escribir, y que más tarde todo lo fiaban a la Gramática ¡qué lejos estaban de la labor científica y educativa!

Las orientaciones de trabajo que aporta la nueva concepción del desarrollo del lenguaje son ejercicios de conversación entre los niños y el maestro para acostumarles a que hablen con soltura, corrección y desenfado respetuoso; ejercicios orales y escritos de resúmenes de trabajos realizados en la escuela: trabajos de composición escrita acerca de temas variados de la vida del niño, de la escuela y de la Naturaleza; redacción de escritos y documentos usuales y ejercicios de dictado ortográfico; y, por último, el periódico escolar viene a ser como el coronamiento de toda esa enorme labor que hay que realizar.

Trabajo, Asociación de conocimientos, Lenguaje. Esta es la trilogía pedagógica, que no debe faltar en la diaria labor del maestro competente.

Mariano Sáez Morilla,

Profesor de la Escuela Normal de Navarra (España).

("El Monitor de la Educación Común".—Buenos Aires).

SECCION LITERARIA - - - -

LA MAESTRA

No, maestra, tú no eres el tipo heroico que la literatura ha querido hacer de tí.

Tú no llevas las galas que el verso ha puesto en tus hombros ni el resplandor que llamea.

Si yo fuese a buscarte con esos datos, de seguro no te encontraría. Maestra, tú eres un tipo igual en todos los países. Tú eres una mujer pobre y triste. Caminas inclinada como si te pesase un gran silencio: piensas.

Eres ágil para el trabajo, sacas de tu delgadez una energía inconcebible cuando caminas por la calle cargada de libros.

Vas como un obrero, más aceleradamente que un obrero, porque te impulsa un ardor moral: dar ejemplo de anticiparse en la tarea. Porque tú debes confesar con tus pasos y con tu vida, que el trabajo no es un castigo para el hombre, sino el mayor de los placeres.

Llevas humildes las ropas y lustrosos, hasta la nimiedad, los zapatos.

La coquetería femenina te ha encontrado sorda a sus insinuaciones y te ha dejado simple. Tienes dulce el habla y plagada de diminutivos como si te empeñases en hacer que las cosas que enseñan entrasen al alma sin herir. Profesas el dón de ser útil dando gozo.

Tienes el prestigio de la sabiduría frente a la parvada de pajaritos ciegos. Para su pasmo, llevas las botas de siete leguas junto al globo terrestre.

Tus ojos atraviesan los mares describiendo los pueblos lejanos, y dejas como tipos inmortales en la pizarra de todo corazón, el orgullo del pavo y la voz lamentable del cuervo.

Maestra, tú no eres ese personaje heroico que se ha querido hacer de tí, pero tienes toda la humildad triste del servidor no reconocido.

Se te confiesa a veces apóstol, y se te niega otras la nobleza de un obrero de la tierra o del metal.

Maestra, tú no eres otra cosa que una obrera en funciones de madre. Has habituado tus oídos al delicioso barullo del deletreo. No haces tú obra con santidad melodramática, no, tu santidad es hu-

mana, está en la diaria paciencia y en la diaria dulzura; en la cotidiana virtud de la puntualidad y de la limpieza; en la minuciosidad cariñosa que llena tus manos de hojitas y de animalillos para tus lecciones, en la curiosidad con que has coleccionado las estampas en que se desarrolla la vida bajo la concepción pueril que nos encanta y de la que no querríamos salir jamás.

Maestra, no creas en la ingratitud, a tu derredor seguimos siempre, formas parte de nuestros recuerdos; estás en la calcomanía de nuestro primer libro, y en el consejo que damos al hijo o al hermano. Recordamos tu indulgencia y la deseamos en nuestra conducta. Sabemos tu nombre y miramos, cerrando los ojos, el primor de tus dientes y los lunares de tu mejilla.

Sentimos tus pasos y el toque de tu mano llevando la nuestra para enderezar un palote, o para clavar la aguja en el lugar preciso marcado por una huella roja de azarcón.

La seda de tus manos pasa, en nuestros sueños, rozándonos la frente o el cuello. Oímos tu voz mimosa de elogio, y conservamos tu letra en la dedicatoria de un cuento fabuloso, o en una máxima de aliento puesta en el primer renglón de una libreta.

No creas en la ingratitud, nadie hace voz su reconocimiento, pero tu perfil no se desvanece, y la inflexión de nuestras caricias le repite.

Apareces a nuestros ojos siempre que vemos a un chiquillo con la mochila al hombro, o a una mujer de tu mismo oficio que conserva tu misma simplicidad.

Maestra, la rudeza del vivir nos lleva mil veces a tí, y querríamos rodear aun tu mesa pletórica de golosinas y de cosas importantes: hebras de seda, botones, semillas de frutas y canicas.

Los detalles de tu vestido se han quedado en nuestros ojos. Recordamos tu prendedor y tu horquilla, galas de los días de premios.

Formas, en verdad, con la mano de nuestra madre, una doble tibieza que nos guarda el corazón de pasiones violentas.

No, tú no eres el tipo heroico y rígido, o tan blando que no tiene personalidad, que la literatura se empeña en darnos. Tú tienes la humanidad tibia de una mujer, que por serlo, lleva en los ojos humedades de madre.

Caminas de prisa como todas las mujeres trabajadoras; te distingue de todas la dulzura que sólo alcanzan las madres de familia numerosa.

Eres una mujer obrera, sí, pero una obrera que ha probado las delicias dolorosas del pensar, y que inclina por eso la cabeza. Una

obrero cuya fábrica tiene las apariencias de un grande hogar, y en el que no cierra nunca ni el raudal del consejo, ni el de la enseñanza.

Su trabajo es fácil y duro; fácil en el día, duro en los años. Fácil en la hora que pasa en un recreo o en la construcción de una mesita azul.

Duro, a través de la jornada larga, al final de la que se mira el camino apretadito de cabezas que se han ido, y de las que no ha quedado ni un solo rizo al nivel de la cintura.

Fácil en el mar de vocerillas; duro en el silencio de la soledad que envuelve una vejez huérfana.

Fácil frente al entusiasmo de los miles de ojitos brillantes; duro en la opacidad del vivir de la maestra retirada.

Duro, cuando se mira que la construcción diaria de las manos, no fue hecha sobre arena ni con arena, sino con la levedad de una sustancia espiritual que no alza castillos visibles.

Cuando el silencio de los que se llevaron el vigor de una habla, parece negación.

Duro cuando se reconoce que se ha hecho un trabajo de cruz leve porque se hizo con sonrisa, y cuya pesadez se resiente en un sólo instante, ya sin el paliativo del triunfo.

Duro en la vejez, sí, porque tú, maestra, no tienes para tus cabellos blancos el adorno de un rizo de espiga; porque te sientes abuela en el amor, y no tienes hijo; porque sabes, entonces, que adornaste mil huertos y que no sembraste una sola maceta para el balcón en que habían de tomar el sol los días de tu reposo.

¡Maestra, en la soledad, en tus brazos vacíos ya sin lucha; en tu mano sin báculo; en tus enfermedades sin mimos; en el haber de valerte hasta el último día sin amargura y con comprensión, está tu heroicidad!

¡En tu partida sin llanto en ojos algunos, está la hoguera en que te alzas SIMBOLO!

Josefina Zendejas

(Mexicana)

1923.

N. de D.—La autora de este bello artículo nos escribe desde México,—en cuya Escuela Normal es maestra,—en tono cordial que le agradecemos:

“Yo, como escritora, pertenezco a una Sociedad de Amistad Americana que tiene por objeto poner en comunicación a los escritores de la América. Entre otras cosas cambiamos escritos y los

LA ESCUELA COSTARRICENSE

hacemos publicar en nuestras prensas respectivas. Deseamos que el pensamiento americano corra como savia fructificadora por todas las ciudades de América. ¿Desean Uds. ser amigos nuestros?

Aquí van para **La Escuela Costarricense** algunos trabajos de cariño para los niños, y los maestros de aquella tierra; ojalá sean capaces de establecer unión entre nosotros".

Si algún maestro quiere que lo pongamos en relación con la distinguida escritora y maestra, escribanos y con gusto lo haremos.

DIA DE CAMPO

Mostraban sus verduras los senderos
llenos de amor de Dios,
pedían pajaritos tempraneros
su sed de agua al Señor!

Era una seda azul la mañanita . . .

Acariciaba dulcemente el sol
cuando, al fin, columbramos la casita
do el feliz labrador,
mora sin ilusión y sin camisa,
como lo vió Tolstoi!

Entramos por la puerta que parece
nota del pentagrama: es el corral;
nuestra alegría mañanera crece:

¡prepáranse a ordeñar!

¡Qué blanco es ese néctar delicioso
que embriaga sin marear!

Hay un toro muy negro y muy hermoso,
tiembla la tierra con su rezongar,
le hacen eco los truenos de las aguas!

¡Qué alegres son las voces de las aguas
en el cielo o el mar!

Lino ARGUELLO

(Centroamericano)

LA TORCAZ

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
siempre oculta en las frondas, la paloma torcaz,
acongoja las selvas con su blanda quejumbre
picoteando arrayanas y pepitas de agraz.

Arrurruúu... canta viendo la primera vislumbre
y después por las tardes al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse los montes de silencio y de paz.

Entreabriendo las alas que la luz tornasola,
se entristece la pobre de mirarse tan sola:
y esponjando el plumaje como leve capuz,

al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... ¡y se apaga la luz!...

José Eustasio RIVERA
(Colombiano)

("La Nueva Poesía de América".—Selecciones de Rafael He-
liodoro Valle.—México).

HIMNO AL MAESTRO DESCONOCIDO

Cantemos la gloria del humilde obrero
que desde la niebla de la indiferencia
es de la cultura sostén verdadero
al crear las alas de la inteligencia.

El tibio recuerdo del materno seno;
el trémulo vuelo del primer concepto;
el ideal naciente que nos hará buenos,
es vuestro breviario de amor, oh maestro!

Y el oscurantismo de una vida pobre;
bello sacrificio de dar alma y luz;
y el piadoso escarnio que alza vuestro nombre,
todo eso es lo amargo de esa excelsa cruz!

LA ESCUELA COSTARRICENSE

Pero porque os gusta despreciar la gloria,
porque amáis al hijo que no es hijo vuestro,
porque no os arredra ni la risa irónica,
vuestro es el futuro del hombre, oh maestro!

Salvador Umaña C.

(Profesor de Literatura de la Escuela Normal de Costa Rica).

FRAGMENTO

Para ser maestro de niños es completamente necesario ser como un niño, olvidar lo que sabemos y que hemos llegado al término de los conocimientos. Si se quiere ser un verdadero guía de niños, no hay que pensar en que se tiene más edad, ni que se sabe más, ni nada por el estilo; hay que ser un hermano mayor, dispuesto a caminar con los niños por la misma senda del saber elevado y de la aspiración. Y el único consejo que puedo daros en esta ocasión, si habéis de dedicaros a enseñar a los hijos del Hombre, es éste: que cultivéis el alma del niño eterno.

(Palabras dirigidas a los estudiantes de la Escuela Normal de Tokio por Rabindranath Tagore).

En lo que somos verdad, somos inmortales; y cuando estamós de parte de la verdad, estamos de parte de la inmortalidad.

Tagore

(Envío del señor Inspector de Limón, don Ricardo Lizano).

ORIGEN DE LA ELEGIA DE ERNST

(Otto Ruppian)

(Traducción del Inglés por Ismael Cardona, para "La Escuela Costarricense")

Corría el año 1831. En la elegante y lujosa sala de una Mansión Vienesa dos niños estaban sentados en un sofá,—al menos se les podría considerar niños, pues el que mirara sus caritas juveniles no leería en ellas el más leve pensamiento impuro y parecía, además, que ignoraban por completo las inquietudes y sobresaltos de la vida. Por su contestura y desarrollo físicos, el joven podría contar diez y siete años; su hermosa cabeza descansaba en unos hombros bien conformados y sus ojos brillaban emocionados quizá por la conversación

que sostenían. La joven, de seguro no pasaba de quince abriles; un capullo que pronto sería rosa; descansaba mientras contemplaba a su compañero, sus dos brazos en las rodillas de éste; toda absorta como si temiera perder el menor detalle. La puerta se abrió silenciosamente y un caballero alto penetró en la sala. Los niños, distraídos, no se dieron cuenta hasta que se acercó y puso la mano en el hombro del joven, el cual se levantó violentamente con la sorpresa y enrojeció.

—Déjanos solos un momento, dijo el recién llegado a la también sorprendida niña, que a su vez saltó de su asiento y después de mirar a ambos con ansiedad, salió de la estancia. El caballero hizo una seña al adolescente para que volviera a ocupar su puesto.

—¿Qué edad tienes, Guillermo?

—Diez y siete,—fue la respuesta después de breve pausa.

—¿Y has pensado alguna vez en que tienes mucho que aprender todavía para escalar una gran altura artística para poder llegar a ser persona de gran consideración en nuestro círculo? Eres joven de talento, Guillermo; he permitido con mucho gusto tus visitas a mi casa y he observado, sin intentar estorbarlo, la inclinación de mi hija hacia tí, pues yo considero la aristocracia del genio superior a la del nacimiento y conozco que tu alma todavía está incontaminada. Tus condiciones dan derecho a creer que llegarás a ser algo valioso y me sentiría feliz en concederte la mano de mi hija pero, por el momento, no eres **nadie**. Ve a trabajar, a estudiar: dedica tus mejores energías a los años de aprendizaje y conviértete en el artista que ennoblecido por el genio, pueda alternar con **lo mejor**; hazte de un nombre y luego vuelve por acá: si tu juvenil inclinación entonces no se ha disipado, mis puertas se te abrirán otra vez. Y por mi parte no le haré presión a mi hija en favor de ningún otro enlace; estamos de acuerdo, Guillermo?

El joven levantó la cabeza: sus ojos brillaban con fulgor sobrenatural. Suspirando hondamente puso la mano en la que se le tendía.

—Sí, señor, y le rindo las gracias—respondió con voz que aunque revelaba mucha resolución, no dejaba de ser trémula.

—Muy bien; pero en este caso debes abandonar la ciudad mañana.

—Mañana saldré para París; hace tiempo pensaba ir allá... pero... no podré...

—Sí; ven a vernos esta noche, cuando tus preparativos hayan terminado y entonces nos despediremos.

LA ESCUELA COSTARRICENSE



Siete años han pasado. No sólo en París sino en el corazón de la culta Europa se conocía bien el nombre del joven virtuoso del violín a quien el mismo Paganini consideró digno de especial atención. Siete años, el tiempo señalado para su prueba y el que iba a recibir la recompensa de sus afanes y de su perseverancia. Ni una carta le fue permitido cambiar con la dueña de sus pensamientos, ni siquiera para festejar su primera gran composición: sólo indirectamente recibía sus recuerdos. Los mensajes que nuestro artista enviaba eran los periódicos que celebraban sus triunfos. Por fin, pues, llegó el plazo estipulado! . . .

Dos días antes de vencer el sétimo año se puso en camino para estar en Viena una hora después de la señalada por el padre de su novia. Día y noche viajó y al final del segundo día llegó a Viena. Apenas tomó el tiempo necesario para cambiar de traje y se encaminó, todo nervioso y palpitante, hacia la casa donde le esperaba su felicidad. La puerta de la calle estaba de par en par, pero adentro todo estaba oscuro y frío. Le dió un vuelco el corazón, subió la conocida escala: abrió la puerta de la sala y quedó petrificado como una estatua, perdió el sentido.

En el medio de la sala yacía una caja mortuoria, rodeada de velas y en ese ataúd adornado profusamente con flores, descansaba la dulce niña por quien él había trabajado, luchado y esperado pacientemente. Una sólo mirada en su derredor le bastó para convencerse de que todas sus esperanzas y las frescas flores de sus ilusiones se habían marchitado para siempre.

Víctima de una fiebre estuvo entre la vida y la muerte. Por fin su naturaleza vigorosa venció y al cabo de dos meses reapareció nuestro hombre entre la gente, pero tan cambiado, que no parecía se diera cuenta de las cosas de este mundo sino de las de ultratumba. El violín fue su sólo amigo; y en el silencio de la noche salían notas doloridas y quejumbrosas de sus cuerdas: entonces escribió una endecha para su amada muerta, una Elegía que mueve los corazones y que es conocida en el mundo entero. .

El hombre cuya historia hemos narrado se llamó Enrique Guillermo Ernst.

SECCION DE CIENCIAS

LOS GRANDES SABIOS



Jean Henri Fabre

LOS ANIMALES VENENOSOS

Pablo.—Todos los animales venenosos obran a la manera de la abeja, de la avista y del avispon. Con un arma especial, aguijón, garfio, dardo o lanceta, colocada en un punto u otro del cuerpo, según la especie, hacen una ligera herida, en la cual se infiltra una gota de veneno. El arma tiene por único objeto abrir camino al líquido venenoso, y éste es el que causa el mal. Para que el veneno actúe en nosotros es necesario que se ponga en contacto con nuestra sangre por una herida que le abre brecha. Pero en la piel no produce absolutamente nada, a no ser que haya un corte, un simple rasguño que le permita penetrar en las carnes y mezclarse con la sangre. El veneno más terrible puede manejarse sin peligro alguno si la piel no presenta desolladura. Más aún: podemos ponérselo en los labios, en la lengua, y aun tragarlo, sin que resulte nada molesto. El veneno del avispon, depositado en los labios, no produce más efecto que el del agua clara; pero el dolor sería atroz si el punto mojado presentase la menor despellejadura. El veneno de la víbora es enteramente inofensivo mientras no puede mezclarse con la sangre. Ha habido valientes experimentadores que lo han probado, y aun lo han tragado, y después se encontraban tan bien como antes.

Emilio.—¿Es cierto, tío, que ha habido personas que se han atrevido a tragar veneno de víbora? ¡No sería yo quien tuviese tal temeridad!

Pablo.—Es una dicha que otros lo hayan hecho para nosotros, y debemos estarles muy agradecidos, porque de ese modo nos han enseñado, como vais a ver, el medio más rápido y de los más eficaces que se emplean en caso de accidente.

Julio.—¿Es de temer el veneno de la víbora, que no hace nada en la mano ni en los labios, ni en la lengua, si se mezcla con la sangre?

Pablo.—Es terrible, hijo mío, y de ello iba a hablaros. Supongamos que un imprudente molesta al terrible reptil cuando está durmiendo al sol. De improviso el animal se desenrolla en espiral, con la brusquedad de un resorte, y con sus fauces, enteramente abiertas, te muerde en la mano. Es cosa de un santiamén. Con la misma rapidez repliega la víbora su espiral y se retira, y continúa amenazando con la cabeza, situada en el centro del enrollamiento. Tú no esperas un segundo ataque, sino que huyes; pero, ¡ay!, el mal ya está hecho. En la mano herida se ven dos puntitos rojos, casi insignificantes, verdaderos pinchazos de aguja. La cosa no parece muy alarmante, y te tranquilizas si ignoras lo que tanto empeño tengo en enseñaros. ¡In-

nocuidad engañosa! Los puntitos rojos se rodean pronto de un círculo lívido. La mano se hincha, produciendo sordos dolores y después, poco a poco, el brazo. Inmediatamente sobrevienen sudores fríos y náuseas; la respiración es penosa; se enturbia la vista; embótase el entendimiento, y se declara una amarillez general, acompañada de convulsiones. Si no se acude a tiempo, puede llegar la muerte.

Julio.—Nos está usted poniendo carne de gallina, tío.

Luis.—Dicen que hay víboras en los matorrales de las colinas vecinas.

Julio.—¿Qué haríamos nosotros, miserables, si semejante desgracia nos ocurriese lejos de usted, lejos de casa?

Pablo.—¡Dios os libre de tal desgracia, hijos míos! Pero, en fin, si os acaeciese habría que apretar y aun ligar el dedo, la mano o el brazo por encima de la parte herida para entorpecer la difusión del veneno por la sangre; sería preciso hacer que sangrara la herida ejerciendo presiones todo alrededor de ella, y chupar enérgicamente para extraer el líquido venenoso; pues ya os he dicho que el líquido no obra en la piel. La succión no es peligrosa si en la boca no hay desolladura alguna. Es evidente que si con una succión enérgica y una presión que haga manar la sangre se llega a extraer todo el veneno de la llaga, la herida no será ya grave. Para mayor seguridad, siempre que sea posible, se cauteriza la herida con un líquido corrosivo, con agua fuerte o con amoníaco, o con un hierro candente. La cauterización tiene por efecto destruir la materia venenosa. Es dolorosa, convengo en ello; pero hay que resignarse para evitar un mal mayor. La cauterización es cosa del médico. Las precauciones preliminares: ligaduras para impedir la difusión del veneno, presión para hacer salir la sangre envenenada, succión enérgica para extraer el líquido venenoso, son operaciones que nos conciernen personalmente, y todo ello debe hacerse en el instante mismo. Cuanto más se tarda, más se agrava el mal. Cuando se han tomado estas precauciones muy pronto, es raro que la mordedura de una víbora tenga malas consecuencias.

Julio.—Me ha tranquilizado usted, tío, pues tales precauciones no son difíciles de tomar si se conserva la presencia de ánimo.

Pablo.—Por eso nos importa a todos habituarnos a razonar el peligro y no dejarnos dominar por espantos inmotivados. El hombre dueño de sí mismo es casi dueño del peligro.

Emilio.—Acaba usted de decir, tío, mordedura de víbora, y no picadura. Luego las serpientes muerden y no pican. Yo creía lo contrario. Siempre he oído decir que tienen un aguijón o un dardo. El jueves pasado, Luis, que no tiene miedo a nada, cogió una serpiente de un agujero de una pared vieja. Estaba con dos amigos suyos. La

ligaron por el cuello con un junco. Pasaba yo por allí, y me llamaron. La serpiente sacaba de la boca una cosa negra, puntiaguda y flexible, que iba y venía con rapidez. Yo creía que era el dardo, y tuve mucho miedo. Luis se reía. Decía que lo que yo tomaba por aguijón era la lengua del animal, y para demostrármelo acercó el dedo.

Luis.—Ya sabía yo que era la lengua.

Pablo.—Luis tenía razón. Todas las serpientes mueven entre los labios, con extrema rapidez, un filamento negro, muy flexible y ahorquillado. Muchas personas creen que es el arma del reptil, el dardo; pero, en realidad, es la lengua, enteramente inofensiva, de la cual se sirve el animal para atrapar insectos, que le sirven de alimento, y para expresar a su manera las pasiones que le agitan, pasándola rápidamente entre los labios. Todas las serpientes, sin excepción, tienen una; pero en nuestro país sólo la víbora posee el terrible aparato del veneno.

Este aparato se compone, en primer lugar, de dos ganchos, o dientes largos y agudos, colocados en la mandíbula superior. Estos ganchos son móviles. A voluntad del animal se levantan para el ataque o se tienden en una ranura de la encía, y allí permanecen inofensivos, como un estilete en su funda. De esta manera el reptil no corre riesgo de herirse a sí mismo. Son huecos, y en la punta tienen una fina abertura, por la cual se vierte el veneno en la herida. En fin, en la base de cada gancho hay una bolsita llena de líquido venenoso. Es un humor de inocente aspecto, inodoro e insípido, parece agua. Cuando la víbora hiere con sus garfios, la bolsa del veneno lanza una gota de su contenido por el canal del diente, y el terrible líquido se infiltra en la herida.

La víbora habita de preferencia las colinas cálidas y rocosas; está bajo las piedras y entre las malezas. Su color es pardo rojizo. En el dorso tiene una faja sombría en zigzag, y en cada costado una hilera de manchas. Su vientre es de color gris pizarra. Su cabeza un poco triangular, más ancha que el cuello, obtusa y como truncada por delante. La víbora es tímida y miedosa; no ataca al hombre más que para defenderse. Sus movimientos son bruscos, irregulares, pesados.

Las demás sierpes de nuestro país, que se designan con el nombre general de culebras, no tienen los garfios ponzoñosos de la víbora. Su mordedura no es grave, y la repugnancia que nos inspira es infundada. Lejos de sernos perjudiciales, nos hacen buen servicio, destruyendo diversos devastadores de nuestras cosechas.

Después de la víbora, no hay en el país más animal venenoso que el escorpión. Es un animal muy feo, que anda sobre ocho patas.

Julio.—¿Es un insecto el escorpión?

Pablo.—No. Los insectos todos tienen seis patas, ni más ni menos. El escorpión tiene ocho, como las arañas. Así, pues, pertenece a la misma clase que ellas; es decir, a la de los **arácnidos**, como dicen los sabios. Además de las ocho patas, el escorpión tiene delante dos pinzas semejantes a las del cangrejo. Detrás lleva una cola nudosa y encorvada, que termina en un aguijón. Las pinzas son inofensivas, a pesar de su amenazador aspecto; lo venenoso es el aguijón de que está armada la cola. El animal lo usa para defenderse y matar los insectos de que se alimenta. Hay dos escorpiones de diferente especie. Uno, negro verdoso, frecuenta los lugares sombríos y frescos, y se establece hasta dentro de las casas. Sólomente de noche sale de su retiro. Entonces se le ve correr por las paredes agrietadas en busca de cochinitillas y de arañas, que son su caza habitual. El otro, mucho mayor, es de color amarillo pálido. Está bajo las piedras de las colinas cálidas y arenosas. La picadura del escorpión negro raras veces produce accidentes graves; la del amarillo puede ser mortal. Cuando se irrita un animal de éstos, se ve una gotita de líquido, límpida como el agua, brillando en la punta del dardo, dispuesto a herir. Es la gota de veneno que el escorpión introduce en la herida.

Julio.—¿No son venenosas las arañas?

Pablo.—En rigor, sí, puesto que en cada lado de la boca tienen un garfio encorvado y hueco que les sirve para infiltrar una gota de veneno en el cuerpo de los insectos de que se alimentan y hacer más rápida la muerte de la caza cogida en sus telas. Con todo, las arañas no pueden considerarse como animales terribles para nosotros, pues los ganchos de casi todas son incapaces de perforarnos la piel. Valerosos observadores se han hecho morder por las diversas arañas de nuestros países. Jamás produjo la picadura accidentes graves; todo se limitó a una rubicundez menos dolorosa que la producida por la picadura del mosquito. Sin embargo, las personas delicadas deben desconfiar de las especies grandes, aunque no sea más que para ahorrarse un dolor pasajero. Así como evitamos el dardo de la avispa, que es mucho más doloroso, sin preocuparnos mucho de él, evitemos también los ganchos de las arañas, sin asustarnos ni dar gritos al ver uno de estos animales.

Emilio.—Dicen que las arañas tragadas por descuido pueden hacer mal y aun envenenar. Un amigo mío me contó que, habiendo puesto una nidada de pajarillos en una jaula, vió que los padres, para evitarles los sufrimientos de la cautividad, los envenenaron, dándoles el cebo de arañas a través de los alambres.